—¡Oh, Señor, hijo de David, cura á nuestros enfermos!

Dos veces Berthaud había tenido que precepitarse, para impedir que se rompiesen las cuerdas al empuje inconsciente de la multitud. Desesperado, sumergido, el barón Suire gesticulaba, suplicando que fuesen en su auxilio, porque la Gruta se hallaba invadida, pues el desfile no era más que un pisoteo de rebaño entregado á su pasión.

En vano Gerardo se separó nuevamente de Ramona para acudir á la puerta de la reja, á fin de restablecer la consigna, de diez en diez personas. Fué arrollado y barrido á un lado.

Todo el pueblo, febril, exaltado, entraba, pasaba como un torrente en medio del resplandor de los cirios, echaba ramos de flores y cartas á la Vírgen, besaba la roca, que millones de bocas inflamadas habían pulimentado.

Era la fe desencadenada, la gran fuerza, que ya nada detenía.

Entonces, Gerardo, aplastado contra la verja, oyó á dos campesinas, arrastradas por el desfile, exclamarse sobre el espectáculo de los enfermos que yacían delante de ellas.

Una de ellas se había fijado en la pálida faz de fray Isidoro, con sus grandes ojos desmesuradamente abiertos y fijos en la estatua de la Vírgen. Se persignó y murmuró, invadida de una admiración devota.

—¡Oh! ¡Mira aquél, cómo ruega de todo corazón, y como mira á Nuestra Señora de Lourdes!

La otra campesina contestó:

—De seguro va á curarlo... ¡Es tan hermoso!...

En el acto de amor y de fe que continuaba desde el fondo de la nada, el muerto, con la fijeza infinita de su mirada, impresionaba á todos los corazones, operando la edificación profunda de aquel pueblo, cuyo desfile no cesaba.

III.

El buen abate Judaine era quien debía llevar el Santo Sacramento en la procesión de las cuatro. Desde que la Santa Vírgen le había curado de una enfermedad de los ojos, milagro del cual los diarios católicos todavía hablaban con entusiasmo, era aquél una de las glorias de Lourdes; allí ocupaba siempre el lugar de preferencia y se le honraba con toda clase de distinciones.

A las tres y media, se levantó y quiso dejar la Gruta. Pero la extraordinaria afluencia de gente le asustó y temió llegar tarde si no conseguía desembarazarse de ella. Afortunadamente, se le presentó una ayuda.

—Señor cura—exclamó Berthaud,—no intente usted atravesar el Rosario, pues se quedará en el camino. Lo mejor es subir por los atajos. Y mire usted, sígame, que yo marcharé delante.

Ayudándose con los codos, hendió la compacta oleada, abriendo paso al sacerdote, que se confundía en frases de agradecimiento.

—Es usted demasiada amable... Yo tengo la culpa, puesto que me he olvidado... Pero, ¡Dios mío! ¿Cómo vamos á arreglarnos en este instante para pasar con la procesión?

Esta procesion, ordinariamente constituía una inquietud para Berthaud, porque provocaba á su paso una loca crisis de exaltación, que le obligaba á tomar medidas especiales. ¿Qué iba, pues, á suceder al atravesar esta muchedumbre compacta de treinta mil almas, poseída de una fiebre de fe, próxima ya á un divino frenesí? Así es que, con mucha razón aprovechó la ocasión para hacer las más prudentes recomendaciones.

—¡Ah, señor cura, le suplico á usted que encargue á esos señores del clero que no dejen espacio entre sí, que marchen sin prisa, unos junto á otros!... Y sobre todo que tengan bien cogidos los estandartes, para que no sean arrollados... Cuanto á usted, señor cura, cuide de que los portadores del palio sean vigorosos, y estreche el lienzo alrededor del nudo del viril; no tenga usted miedo de llevarle con las dos manos y toda su fuerza.

El sacerdote, algo asustado con estas recomendaciones, le daba siempre las gracias.

—Sin duda, sin duda, es usted muy amable.... ¡Ah, señor; que reconocido le estoy por haberme ayudado á salir de este gentío!

Y desembarazado al fin, se apresuró á ganar la Basílica por el

estrecho camino que sube por en medio del ribazo; mientras que su acompañante penetraba nuevamente en la barahunda para volver a ocupar su sitio de vigilancia.

Al mismo tiempo, Pedro, que llevaba á María en su carromato, chocaba por el lado opuesto, (por el lado de la plaza del Rosario), contra el muro impenetrable de la muchedumbre. A las tres le había despertado la criada del hotel, para ir á buscar á la joven al Hospital. No había por qué apresurarse; tenían tiempo sobrado para llegar á la Gruta antes que la procesión. Pero esa inmensa multitud, ese resistente muro, al que no sabía por donde horadar, empezaba á causarle alguna inquietud. No podría de ninguna manera atravesar con el cochecito que guiaba, si las gentes no ponían por su parte un poco de voluntad.

—¡Vamos, señoras, vamos, se lo suplico!... Ya ven ustedes que es para una enferma.

Las señoras no se movían, hipnotizadas á la vista de la Gruta que brillava á lo lejos, y se levantaban sobre la punta de los pies para no perder nada del espectáculo. Por otra parte, era tan fuerte el clamor de las letanías en ese momento, que ni siquiera se oían las súplicas del joven sacerdote.

—Señor, apártese, déjeme pasar... Un poco de sitio para una enferma; haga usted el favor de atenderme.

Y los hombres, lo mismo que las mujeres, no pensaban en moverse, fuera de sí y poseídos de un arrobamiento ciego y sordo.

Por lo demás, María sonreía con serenidad, como ignorante del obstáculo y segura de que nada en el mundo le impediría obtener la curación de su enfermedad. Sin embargo, cuando Pedro encontró un hueco y se fué introduciendo en aquella viviente oleada, se agravó la situación. Por todas partes, la marejada batía el frágil carro y amenazaba sumergirle. A cada paso era necesario detenerse, esperar, comenzar de nuevo las súplicas. Jamás Pedro había experimentado una sensación tan angustiosa de la muchedumbre. Esta estaba pacífica, con una inocencia y una pasividad de rebaño; pero él encontraba allí un temblor que le atormentaba, un aire particular que le trastornaba. Y á pesar de su amor por los humildes, la fealdad aquella de los rostros, aquellas caras ordinarias y sudorosas, aquel aliento fatigado y aquellas ropas viejas y mal olientes le hacían sufrir hasta náuseas.

—Vamos, señoras, vamos caballeros, se trata de una enferma... Un poco de sitio, se lo suplico á ustedes.

El carro, perdido, zarandeado en este vasto mar, seguía avanzando por sacudidas empleando minutos en conquistar algunos metros de terreno. Por un momento se le pudo creer sumergido; no se le veía siquiera. Después, reapareció, llegó á la altura de las piscinas.

Esta joven enferma tan destruída por el sufrimiento y tan bella todavía, comenzaba á inspirar una dulce simpatía.

Cuando las gentes habían debido ceder al tenaz empuje del sacerdote, se volvían y no se atrevían á incomodarse; por el contrario, se sentían conmovidos al contemplar aquel enflaquecido rostro lleno de dolor, que resplandecía entre la aureola formada por sus hermosos y rubios cabellos. No se oían sino frases de piedad y admiración. «¡Ah, pobre niña! ¿no es una crueldad estar enferma á esa edad?» «¡Que la Santa Vírgen sea clemente con ella!» Otros se admiraban, por el éxtasis en que la veían, con sus ojos tan claros que parecían abiertos y viendo más allá de su esperanza. Y es que ella veía el cielo, y por eso obtendría seguramente la curación. El carrito dejaba tras sí al hendir la multitud con tanto trabajo, como una estela de admiración y de fraternal caridad.

Sin embargo, Pedro se desesperaba, y se sentía ya sin fuerzas, cuando los camilleros fueron en su ayuda, esforzándose por restablecer para la procesión un paso, que Berthaud había dado orden de proteger con cuerdas sostenidas de dos en dos metros.

Desde entonces, Pedro condujo con bastante libertad á María, haciéndola al fin entrar en el recinto reservado, donde se detuvieron en frente y á la izquierda de la Gruta. Nadie podía moverse allí; de tal manera iba por minutos amontonándose la gente. Y todo lo que conservaba como recuerdo de la travesía tan penosa que acababa de hacer á costa de sus miembros doloridos, era la idea de una reunión prodigiosa de gentes que, como un Océano le rodease por todas partes y del cual oyese sin cesar las olas estrellarse alrededor suyo.

Desde el Hospital, María no despegó sus labios. Pedro comprendió que deseaba hablarle y se inclinó.

—¿Y mi padre— preguntó ella—está allí? ¿No ha vuelto de su excursión?

Pedro debió contestar que el señor de Guersaint no había regresado, y que sin duda se había retardado á pesar suyo. Entonces María se contentó con añadir, sonriendo:

—¡Ah, pobre padre! ¡Qué contento se va á poner cuando me encuentre curada!

Pedro la miraba lleno de muda admiración. No recordaba haberla visto tan adorable en la lenta destrucción de su enfermedad.

Sus cabellos, lo único respetado por el mal, la revestían de oro. Su cabeza reducida, afinada, había adquirído una expresión de desvarío; los ojos, perdidos en la profundidad de su sufrimiento, los rasgos inmovilizados como si toda ella estuviese bajo el imperio de una idea fija y esperando que un sacudimiento de la ansiada dicha la despertase. Estaba fuera de sí misma; volvería en sí cuando Dios quisiese. Y esta niña angelical, de veintitrés años, que había quedado detenida en su desarrollo, sin llegar á ser mujer, estaba al fin dispuesta á recibir la visita del ángel, el choque milagroso que debía sacarla de su entorpecimiento y ponerla de pie.

Su extasis de la mañana continuaba: sus manos se habían unido; un interior impulso de todo su ser la había arrebatado de la tierra desde que vió la imagen de la Santa Vírgen, á la cual oraba y se ofrecía de una manera sobrehumana.

Fué para Pedro esta una hora de gran turbación. Sentía que el drama de su vida de sacerdote iba á representarse, que si él no encontraba de nuevo la fe en esa crisis, jamás volvería á hallarla. Y se sentía sin malos pensamientos, sin resistencia, anhelando con fervor ser él también con ella curados al mismo tiempo. ¡Oh, ser convencido por medio de la curación de María, creer juntos, ser salvados al mismo tiempo! El quiso como ella orar con ardiente fe.

Pero, á pesar suyo, la muchedumbre le preocupaba; esta multitud sin límites donde tan penosamente se había introducido, desapareciendo, no siendo más que la hoja de la selva perdida entre el montón de las demás hojas. No podía dejar de analizarla, de juzgarla. La veía hacía cuatro días arrastrada, sugestionada; la fiebre de su largo viaje, la excitación producida por los nuevos paisajes, los días pasados contemplando el esplendor de la Gruta, las noches sin sueño, el dolor exasperado, ansioso de ilusión. Además, aún duraba la obsesión de las oraciones, esos cánticos, esas letanías que hacían vibrar sus nervios incesantemente. Al padre Massías había sucedido otro sacerdote, y Pedro oía á éste, un abate pequeño, delgado y muy moreno, hacer los llamamientos á la Vírgen y á Jesus, con voz cortada, parecida á latigazos, mientras que el padre Massías y el padre Fourcade, al pie del púlpito, dirigían los gritos de la muchedumbre, cuya lamentación subía más alto bajo el limpio sol.

La exaltación había crecido y llegaba el momento en que las violentas preces elevadas al cielo obtenían los milagros.

De pronto, una paralítica acababa de levantarse, de ir hacia la Gruta, llevando en el aire su muleta; y esta muleta, levantada y agitada á modo de bandera por encima de aquellas cabezas que se movían como un mar borrascoso, arrancaba aclamaciones á los fieles. Se acechaban los prodigios, se les esperaba con la certidumbre de que se producirían innumerables y brillantes. Los ojos creían verlos, las voces febriles los señalaban. ¡Una más que estaba curada! ¡Todavía otra, todavía otra! Una sorda que oía, una muda que hablaba, una tísica que resucitaba. ¿Cómo una tísica? Ciertamente; eso se veía á diario. No había sorpresa posible. Hubieran declarado sin admirar á nadie, que una pierna cortada, volvía á brotar. El milagro venía á sustituir á la misma naturaleza; esto constituía lo corriente á fuerza de repetirse. Para esas imaginaciones ardientes, las historias increíbles parecían muy sencillas, dentro de la lógica de lo que ellos esperaban de la Santa Vírgen. Era preciso oír las relaciones que circulaban, las tranquilas afirmaciones, las certezas absolutas, cuando una enferma delirante gritaba que se había curado. ¡Otra más, otra más! A veces, sin embargo, una voz afligida se elevaba: «¡Ah, esa está curada! ¡Ha tenido suerte!»

Ya en la oficina de reconocimientos, Pedro se había contagiado de esta credulidad. Pero aquí, eso pasaba los límites de lo conocido; se exasperaba con las extravagancias que oía, dichas tan tranquilamente con claras sonrisas de niño. Así es que trataba de absorberse, de no escuchar nada. «¡Dios mío; haced, pues, que mi razón se humille, que yo no quiera comprender, que acepte lo irrealizable y lo imposible!»

Durante un instante, pudo creer que había vencido al espíritu de crítica que sentía, dejándose llevar por la ardiente súplica.

—¡Señor, curad á nuestros enfermos! ¡Señor, curad á nuestros enfermos!

Lo repetía con el sentimiento más vivo de caridad, juntando las manos, mirando fijamente la estatua de la Vírgen hasta sentir vértigo, hasta imaginarse que ella se movía. ¿Por qué, pues no volvería él á ser niño como los demás, puesto que la dicha estaba en la ignorancia y en la mentira?

El contagio acabaría por obrar; Pedro vendría á ser un grano de arena entre los demás: humilde entre los humildes dejándose pulverizar por la piedra sin hacer resistencia.

Y justamente en este mismo segundo en que creía haber matado en sí al hombre de ántes, haberse aniquilado con su voluntad y su inteligencia, el sordo trabajo del pensamiento comenzaba de nuevo en su cráneo, incesante, invencible. Poco á poco, á pesar de su esfuerzo, volvía nuevamente á su información, dudaba y buscaba. ¿Cuál era, pues, la fuerza desconocida que se desprendía de aquella multitud, aquel fluído vital bastante poderoso para determinar algunas curas que realmente se verificaban?

Existía allí un fenómeno que ningún sabio fisiólogo había estudiado aún. ¿Debería creerse que una muchedumbre no era más que un ser, pudiendo decuplar por sí misma la potencia de la auto-sugestión? ¿Podía admitirse que en ciertas circunstancias de extrema exaltación, una muchedumbre venía á ser un agente de soberana voluntad forjando á obedecer á la materia? Esto hubiera explicado cómo se verificaban las curas súbitas en el seno mismo de la muchedumbre, alcanzando á los sujetos más sinceramente exaltados.

Todos los alientos se reunían en un solo aliento, y la fuerza que obraba era una fuerza de consuelo, de esperanza y de vida.

Este pensamiento de caridad humana conmovió á Pedro. Por un momento pudo todavía reaccionarse, y pidió la curación de todos, en la firme creencia de que de este modo trabajaba un poco por su parte en la curación de María. Pero bruscamente, sin que supiese por qué asociación de ideas, le vino á la mente un recuerdo, el de la consulta que él había exigido sobre el caso de la joven, antes de partir para Lourdes. La escena se le reaparecía con extraordinaria claridad; volvía á ver e cuarto con su papel gris, con flores azules, y escuchaba á los tres mé-

dicos discutir y exponer sus conclusiones. Los dos que habían dado certificados diagnosticanda una paralisis de la médula, hablaban con la lentitud propia de prácticos conocidos, estimados y de perfecta honorabilidad; mientras que sentía aún en su oído la voz viva y fogoza de su primito Beauclair, el tercer médico, un jóven de vasta y atrevida inteligencia, á quien sus compañeros trataban con frialdad, como á un espíritu aventurero. Y Pedro se sorprendía de volver á hablar en su memoria, en este supremo instante, cosas cuya razón de ser ignoraba por ese fenómeno singular que hace á veces que las palabras apenas escuchadas, mal entendidas, almacenadas como á pesar de uno, se revelen, brillen, se impongan, después de largo olvido. Y le parecía que la proximidad misma del milagro, evocaba las condiciones en que Beauclair le había anunciado que éste se verificaría.

En vano Pedro se esforzaba por arrojar de si este recuerdo, orando con redoblado fervor. Las imágenes renacían, las antiguas palabras resonaban, llenaban sus oídos con la fuerza de una trompeta. Estaba ahora en el comedor, donde Beauclair y él se habían encerrado después de la partida de los otros dos. Y Beauclair hacía la historia de la enfermedad: la caída del caballo sobre los pies á los catorce años; la luxación del órgano arrollado y vuelto del reves; los ligamentos desgarrados sin duda y desde entonces la pesadez en el bajo vientre y en los riñones, la debilidad en las piernas llegando hasta la paralisis. Después, la lenta reparación de los desórdenes, el órgano colocándose por sí mismo en us sitio, los ligamentos cicatrizándose, sin que los fenómenos dolorosos pudiesen casar en esta gran niña nerviosa, cuyo cerebro, herido por el accidente, no llegaba á distraerse, localizada su atención sobre el punto en que sufría, inmovilizada, incapaz de adquirir nuevas nociones; de suerte que hasta después de la curación, el sufrimiento había persistido, un estado neuropático, un abatimiento nervioso consecutivo, agravado sin duda por accidentes de nutrición mal conocidos aún.

También Beauclair explicaba fácilmente los diagnósticos contrarios y falsos de los numerosos médicos que habían cuidado á la enferma, sin permitirse la visita indispensable, marchando desde entonces á oscuras, creyendo unos en un tumor, y otros, los más numerosos, convencidos de una lesión de la médula. Unicamente él, después de haber inquirido la erencia de la enfermedad, acababa de sospechar el simple estado de autosugestión en que la enferma se mantenía obstinadamente, bajo el sacudimiento, la primera violencia del dolor. Y daba sus razones: el campo visual reducido, los ojos fijos, la mirada absorta, distraida, y más que nada la naturaleza del sufrimiento, que había abandonado el órgano para subir bacia el ovario izquierdo, en donde se manifestaba por un gran peso, intolerable, que á menudo subía hasta la garganta, determinando horribles crisis de sofocación. Una brusca voluntad de apartarse de la noción falsa de su mal, una voluntad de levantarse, de respirar libre-

mente, de no sufrir más, podían tan sólo conseguir ponerla de pié, curada, transfigurada, bajo el latigazo de una gran exaltación.

Por última vez, intentó Pedro no ver más, no oir más, porque sentía dentro de sí arruinarse de una manera irreparable, su fe en el milagro.

Y á pesar de sus esfuerzos, á pesar del ardor con que se ponía á gritar:

«¡Jesús, hijo de David, curad á nuestros enfermos!» veía y oía siem á Beauclair decirle con aire sosegado y sonriente, cómo se cumpliría el milagro como un rayo en el mismo segundo de la extrema emoción, bajo la decisiva circunstancia que acabaría de desligar los músculos. En un desatinado transporte de júbilo, la enferma se levantaría y andaría, con las piernas repentinamente ligeras, aliviadas del peso que las hacía de plomo desde largo tiempo atrás, y como si este peso se hubiese fundido, caído á tierra. Pero sobre todo, el peso que aplastaba el vientre, que subía, destruía el pecho y ahogaba la garganta, se iría esta vez en un vuelo prodigioso, en un soplo de tempestad, llevando consigo todo el mal. ¿No era acaso, de este modo, como en la Edad Media los poseídos despedían por la boca al diablo, que había tanto tiempo torturado su carne vírgen? Y Beauclair había añadido que María sería mujer al fin que la sangre de la maternidad surgiría en ese sobresalto de *hossanna*; y ese despertar de un cuerpo que había quedado en la infancia, retrazado y destruído por tan largo sueño de sufrimiento, recobraría de pronto su salud brillante, sus ojos vivos y su faz radiosa.

Pedro miró á María, y su turbación aumentó aún al verla tan miserable en su cari-coche, implorando tan fuera de sí, entregada enteramente á Nuestra Señora de Lourdes, que daba la vida.

¡Ah! ¡Que María se salvase aunque fuera á costa de condenarse él eternamente!

Pero ella estaba demasiado enferma, la ciencia mentía como la fé; no podía Pedro creer que esta niña, con las piernas muertas hacía tantos años, iba á revivir. Y en el mar de dudas en que él caía, su corazón destrozado, exclamaba más alto, repetía sin cesar con la delirante multitud:

—¡Señor, hijo de David, curad á nuestros enfermos!...

—¡Señor, hijo de David, curad á nuestros enfermos!...

En este momento un tumulto circuló agitando todas las cabezas. La gente se extremeció, volvía la cabeza, se levantaba. Era la procesión de las cuatro: un poco retardada este día, cuya cruz desfilaba bajo uno de los arcos de la monumental escalera. Hubo allí una aclamación tal, un empuje instintivo tan violento, que Berthaud, con grandes gestos, ordenó á los camilleros contener el gentio, tirando fuertemente de las cuerdas.

Estos arrollados un instante, tuvieron que echarse hacia atrás, destrozándose los puños, consiguiendo al fin ensanchar un poco el paso reservado por el cual pudo entonces la procesión continuar lentamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A la cabeza de ella, avanzaba un soberbio suizo, vestido de azul y plata, que precedía á la cruz procesional, una cruz alta y brillante como una estrella. Después venían los delegados de las diferentes peregrinaciones con sus pendones, sus estandartes de terciopelo y de satín, bordados con hilos de metal y sedas de colores, adornados con figuras pintadas y llevando los nombres de las ciudades: Versalles, Recnis, Orleans, Poitiers, Toulose. Uno de estos estandartes, blanco del todo y de mucha riqueza presentaba en letras rojas la siguiente inscripción: «Obra de los círculos católicos de obreros.» Seguidamente empezaba el clero; dos ó trecientos sacerdotes de sotana, ciento de sobrepelliz, unos cincuenta revestidos de casullas doradas, brillantes como astros. Todos ellos llevaban cirios encendidos y todos cantaban el *Laudate Sion Salvatorem* á voz en grito. Detrás venía regiamente el palio, de seda púrpura galoneada de oro, sostenido por cuatro sacerdotes que evidentemente habían sido escogidos entre los más vigorosos.

Debajo de aquel, y entre otros dos sacerdotes que le asistían, iba el abate Judaine sosteniendo al Santísimo Sacramento, apretado fuertemente con sus diez dedos, como le había recomendado Berthaud, dirigiendo inquietas miradas á derecha é izquierda, sobre la invasora muchedumbre, demostrando la zozobra que le causaba conducir á buen puerto este pesado y divíno viril que le había ya roto los puños. Cuando el sol obliquo le hirió de frente, se hubiera dicho que era él otro sol. Los niños de coro balanceaban los incensarios produciendo una polvorienta claridad que cegaba y envolvía á toda la procesión en un esplendor. Y finalmente, detrás no había más que una confusa ola de peregrinos, un pisoteo de rebaño, fieles y curiosos entusiasmrdos que se atropellaban, cerrando el surco de aquella inmensa ola.

Hacía un instante que el padre Massías había subido al púlpito; y esta vez había pensado otro ejercicio. Después de los ardientes gritos de fe, de esperanza y de amor que lanzaba, ordenaba de pronto un silencio absoluto para que cada cual, con los labios cerrados, pudiese hablar en secreto á Dios, durante dos ó tres minutos.

Este silencio instantáneo en medio de la vasta multitud, estos minutos de voces mudas, en el que todas las almas obraban su misterio, era de una grandeza conmovedora y extraordinaria. La solemnidad llegaba á ser formidable; se sentía allí pasar el vuelo del deseo, del inmenso deseo de vivir. Después el padre Masísas invitó solamente á los enfermos á hablar; á suplicar á Dios que les concediese lo que ellos reclamaban de su omnipotencia. Entoncen comenzaba una lamentación lastimera, centenáres de voces temblorosas y cascadas que se elevaban en un concierto de lágrimas.

—¡Señor, si vos lo queréis, podéis curarme! ¡Señor, tened piedad de vuestro hijo que se muere de amor! ¡Señor, haced que vea, haced que oiga, haced que ande!

Una voz aguda de niña, de una ligereza y una vivacidad de flauta, dominaba el sollozo universal y repetía á lo lejos:

—¡Salvad á los demás, salvad á los demás, Señor!

Las lágrimas corrían de todos los ojos; estas súplicas trastornaban los corazones, hacian sentir á los más endurecidos el frenesí de la caridad, en un sublime desorden que les hubiera ñecho abrir con sus dos manos su pecho para dar al más prósimo su salud y su juventud.

Y el padre Massías, sin dejar decaer este entusiasmo empezaba de nuevo sus exclamaciones, sacudía nuevamente á la delirante multitud, mientras que el padre Fourcade, sobre uno de los escalones del púlpito; sollozaba tambien levantando hacia el cielo su rostro bañado en lágrimas, para pedir á Dios que descendiese.

Pero la procesión llegaba; las delegaciones y los sacerdotes estaban alineados á derecha é izquierda, y cuando el palio entró en el recinto reservado á los enfermos delante de la Gruta, cuando éstos vieron la Custodia, el Santísimo Sacramento, reluciente como un sol en las Manos del abate Judaine, no hubo más dirección posible; las voces se confundieron, y al vértigo arrebató todas las voluntades. Los gritos, los llamamientos, los ruegos se convertian en gemidos. Los cuerpos se levantaban de su lecho de miseria; los brazos, temblorosos, se tendías; las manos, crispadas, parecían querer detener el milagro á su paso.

—¡Señor, salvadnos, que perecemos!

—¡Señor, nosotros os adoramos; curadnos!

—¡Señor, vos sois el Cristo, el hijo de Dios vivo; curadnos!

Por tres veces las voces desesperades, exasperadas, lanzaron la suprema lamentación, en un clamor que horadaba el cielo; y las lágrimas redonblaban, inundaban los rostros ardientes, transfigurados por el deseo.

Por un momento el frenesí llegó á ser tal, que el ímpetu instintivo hacia el Santísimo Sacramento pareció tan irresistible, que Berthaud mandó formar la cadena á los camilleros que se hallaban allí. Era esta la maniobra de protección extrema: una valla de camilleros se formaba á derecha é izquierda del palio, enlazados fuertemente por los brazos, de modo que formaban una especie de muro viviente. No había hueco alguno; nadie podía pasar. Pero estas barreras humanas se doblaban también bajo la pasión del desdichado ansioso de vida que quería tocar, besar á Jesús; y aquéllas oscillaban, se encontraban rechazadas contra el palio que defendían, y el mismo pálio, bajo la continua amenaza de ser arrebatado, pasaba por entre la muchedumbre, como una barca santa en peligro del naufragio.

Entonces, en lo más fuerte de esta sagrada locura, en la súplica y en los sollozos como en una tempestad cuando el cielo se abre y el rayo cae, estallaron los milagros. Una paralítica se levantó y arrojó sus muletas. Hubo un grito penetrante; una mujer apareció de pie sobre su